



LA BLANCA AMINTA (*)

—Eso es, dijo, ¿qué te parece,
eco, si hiciéramos juntos una
canción?

En cuanto Aminta hubo llegado, desnuda, ante el dey que le parecía feo, más blanca que trozo de mármol de Carrara, deshizo sus cabellos, largos y rubios. Entonces, ¡oh cabeza de eunuco, nuca del bostangi! (1), te encorvaste hacia abajo. El bajá, cuya alma inflama el amor, dejó caer á sus piés el pañuelo, diciendo: No seas rebelde, hermosa; quiero tus blancos piés y tus rubios cabellos. Y era el bajá de Epiro peor que un verdadero monje y más cálido que un manco (2), haciendo suyas á turcas y circasianas y manteniendo á ciento para él solo. Pues bien, á su exigente palabra, nada contestó al bribón la gentil Aminta. Inclino su cuello de cisne, señal de que encontraba hermoso al

(*) El mérito de esta composición y de las que llevan por título *El príncipe peregrino*, *Vaso de China*, etc., estriba más que en el fondo, en la originalidad, movimiento y gracia que rebosan en la versificación del original francés.—N. del T.

(1) Bostangi-bachi, intendente de los jardines del gran señor.

(2) Manchot, también es el nombre de una ave.

viejo cuervo Cuando sus mujeres vieron á Aminta, á más de veinte les ocurrieron muchas ideas celosas. Largo tiempo el serrallo habló de ella, luego de sus largos cabellos rubios; las blancas que se encuentran por Chipre en contra, y las negras de Visapur en pro.

3 enero 1827.

II

EL PRÍNCIPE PEREZOSO

No hay mayor tesoro que vivir
á su gusto.

Villon.

Guy, mi padre, no gasta su jubón para hacer algo de provecho. No hay fiesta para la que él no se apreste en la cabeza y la daga en el puño.

Mi abuelo, navarro, hizo la guerra por la cruz con Alonso, corazón de bronce, en el año mil ciento veintitrés.

Juan de Mesme, mi abuelo, que duerme descolorido en su mortaja, en la celosa Tolosa luchaba solo contra doce.

Mis antepasados, de mucho renombre, dueños de los condados, llevaban en la margen de un ancho dorso una carga de ciudades.

Uno de ellos, Eudes de Montfort, fué el más fuerte

de los leudos; su hombro llevaba sin esfuerzo á Dola hasta el polo.

Su abuelo, sicario negro de Atila, acero antiguo, tuvo en el alma más fuego que el Ekla.

Yo, su desmirriado sucesor, soy el príncipe perezoso. Mi brazo se rompe si descuelga su coraza de gigante.

Pues, menos goloso de muescas, sonriéndome de las batallas, todo me cansa, fiestas, caza, decir: gracia, orando.

Hasta á las bellas tengo menosprecio, y mi corazón, lejos de estar preso por ellas, deja, en una palabra, que echen un sueño tanto los ciervos como los maridos.

1828.

III

LO QUE GEMMA PIENSA DE EMMA

¿Qué hace el platero? Sin duda acaba algún anillo misterioso; su tienda parece un sueño que llenan vagos ojos;

El ópalo es una pupila, la turquesa es una mirada; la llama tiembla eternamente en el ojo del huracán rubí.

La esmeralda esconde en su faceta una ondina de

clara frente; la vizcondesa de Cette tenía los ojos verdemar.

El diamante, deslumbrado por los cielos, sueña bajo su velo; tanto mira á la estrella, que la estrella entra en él.

El ámbar es una lágrima austera; el zafir de casto fuego se ha vuelto azul bajo tierra de tanto como ha contemplado á Dios.

Una mujer entra en casa del platero con la sonrisa en los labios; en sus labios las palabras agitan las alas cantando.

Lleva un chal con palmas, un sombrero color de rosa encantador; al rededor de sus grandes ojos tranquilos todo se estremece dulcemente.

Brilla y charla y parece cosa que luce, perfume, colibrí; tan hermosa que hace temblar el corazón, se admira y busca un abrigo.

¿A dónde va? ¿De dónde sale? ¿De dónde sale el alba? ¿A dónde va el día? Ella es la alegría, chispa de esa llama, el amor.

El pueblo admira, á través de los cristales, con ojo tierno y transportado, la cachemira las mujeres y los hombres la belleza.

Todos la llaman hada ó reina, astro, ángel bajado de los cielos, y se sienten llenos de odio hacia su amante desconocido.

Es blanca, amable, exquisita, loquilla y alegre, y

toda la muchedumbre está conquistada sin combate; cada uno suspira por lo bajo:

—Quisiera ser...—y se nombra algún ideal triunfante.—¡Su amigo!, dice un joven.—¡Su marido!, dice un niño.

¿Quién es, pues, esa mujer? Es una mujer. Cuando Dios hizo la primera alma, ésta nació y la hechizó.

Escoge en casa del joyero todas las joyas hermosas, que se estremecen; y el oro parece tener calentura entre sus deditos blancos.

Lo toma todo la pirata: la verdemar, hermana de las gotas de agua, las ágatas de Surate y los esmaltes del Lido,

y el aderezo completo de sardónica y de berilo. A cada nueva compra prorrumpe en una suave risa pueril.

La perla ve á esa bella. ¿Por qué huir, perla de la dulce frente?—Me gusta más el mar,—dice ella;—es menos obscuro y menos profundo.

5 abril 1855.

IV

VASO DE CHINA

Á LA CHINITA Y-HANG-TSEI

Virgen del país del te, en tu hermoso sueño encantado, el cielo es una ciudad de la que China es el arrabal.

En nuestro obscuro París, niña de la frente pura, buscas tus jardines de oro y azul, donde el pavo abre su cola;

y sonrías á nuestros cielos. A tu edad, un enano alegre pinta la inocencia, flor azul, en la loza de los ojos.

1.º diciembre 1851.

V

MALAS LENGUAS

¡Un pichón ama á una pichona! Gran escándalo en el matorral que todos los años estuca mayo. ¡Una paloma zorita ama á un palomo!

Su historia llena los setos de ojaranzos. Están comprometidos por los suyos; en las familias se ve que está uno rodeado de enemigos.

Espionaje y comadraje; nada da más acritud, odio, virtud, rabia y hiel que una felicidad acechada.

¡Cuánto furor en aquella égloga! El enjambre que vuela habla con mil voces y mezcla á su diálogo todas las espinas del bosque.

La cotorra y el abejaruco sueltan porqués, síes, peros, á que los gestos de los aguzanieves parecen poner comillas.

—¡Yo sé muchas cosas de la perezosa!—dice un cuervo, juez de birrete.—Yo conozco á su lavandera.—Y yo conozco á su portero.

—¡Verdaderamente ella no tiene nada de salvaje!—¿Es seguro que están casados?—Para el premio de buena conducta, ahí tenéis dos palomos bien averiados.

El grajo dice: ¡sus besos blasfeman! El pinzón canta: ¡esto marchará! La pardilla gorjea: ¡se aman! La urraca añade: et cætera.

En el informe pasado por un murciélago á la policía se lee que al anochecer él se desliza hacia ella con pequeños gritos.

El pueblo alado se indigna, reprende, fulmina un veredicto, lanza un *bill*. Tal es el mundo. De la charla sale una sentencia terrible.

Escondeos, Rosa. Huid pronto lejos de la chismería encarnizada. El amorcillo que se propala es un rosal desarraigado.

Todo este cuento, ¡oh bella inefable!, debe ser meditado por vos. Tened cuidado, es una fábula, es decir, una verdad.

VI

Á UN RATÓN

¡Oh ratón de ahí arriba!, en el granero, tu oasis, mascullas los Pontmartins y los Nonottes enmohecidos.

Andas oliendo con tus mostachos esos viejos volúmenes que han ornado con tan inexpresables manchas las narices.

Tú, ratón, cenas y te desayunas con novelas enfriadas, con versos muertos y cuartetos en otros tiempos jóvenes.

¡Oh ratón! ¡Tú roes y piensas! Tú masticas á granel en tu desván los antiguos dogmas y los antiguos sueños.

Para tí es para quien escriben los buenos Patouillets que alegremente festejas; para tí son las gentes bestias y feas.

Para tí, ratón, que los disecas, dicen en las bibliotecas los sonetos y los sermones: ¡Durmamos!

Para tí se desmoronan los nombres postizos; todo logra pudrirse bien; la rima se vuelve rancia por la punta de los hemistiquios.

Para tí es para quien cae en ruinas el montón deforme de los rudimentistas; para tí es para quien bulle la tumba de las palabras.

Para tí, ratón, en tu zaquizamí se hace viejote Garasse; y para tí se arruga Veuillot.

La posteridad, poco sensible, trata así la obra de los pedantes: la obscuridad encima; tú, ratón apacible, dentro.

El público incivil echa á correr ante esos libracos de hoy, donde yace el fastidio como en el fondo de una alcoba;

Tú no tienes ninguna de esas debilidades; ¡oh ratón cortés!, en cada dentellada que marcas en ellos, se reconoce el olvido.

*

Pero es igual; te compadezco; contempla allá, bajo los purpúreos cielos, al conejo en el inmenso templo de los prados.

Va, viene, bebe el incienso, se embriaga de rayos de luz, de vida y de azul, mientras tú hincas el diente en un libro demasiado maduro.

La aurora está aún en camisa, cuando él, en pie, se alimenta; su mantel verde está puesto siempre; ríe.

Es el rey de los claros de la floresta; sentado sobre sus posaderas, contempla el cielo, tranquilo, despreocupado.

Pone toda clase de caras á la pradera, al alba en ascuas, á las corolas, á los estambres, á Dios.

Sus dos patas, telégrafo de la hierba fresca, á cada instante mandan al cielo este despacho: ¡Contento!

Chapotea en pleno séropol. Mira; es voraz y burlón; compara: él muerde la salvia en flor,

el anís, el perfume, el rocío, el trébol, la hierba-buena y el tomillo; tú *El Ermitaño de la Chaussée d'Antin*.

1839.

VII

Bailadora, escúchame. El Dios del firmamento, que creó el alba pura é hizo encantadora tu frente joven, pone con su mano á todo lo que contiene la dicha algo que brilla con resplandor á la vez quimérico y real: la lentejuela en tu falda y la estrella en su cielo.

1839.

VIII

EL PÓRTICO DE SAN LUCAS

El pórtico de San Lucas descansa sobre un viejo fuste de piedra, y pórtico y fuste no son más que hierba y yedra.



Un hombre singular, más grave y más bien sentado en el reborde del pilar, que un arzobispo en su silla ó que un juez en la sala primera, está arrimado al pilar. Anciano taciturno y repulsivo como el mes de diciembre, del que creo que usted, señora, tendría más miedo que de todo un bandido encontrado en un bosque. Uno se estremece menos por una serpiente que por una oruga. Es un pórdiosero rojo, vestido con un andrajo, que se confunde, arrugado, sórdido y cabbelludo, con el lindero gris y el muro carcomido. Sobre aquel viejo tuno van lloviendo las monedas. El pilar no es más que una lepra y el hombre una llaga. ¡Por Hércules! Uno está á punto de jurar que aquel viejo germinó un día en aquel pedrusco legañoso, y semejante al muérdago que crece sobre la encina, cubierto de barba como la piedra de musgo, como una flor que se abre á las mariposas, salió de las grietas del granito con todos sus andrajos, tan bien que ahora, gesticulando en la calle, es la verruga viviente del viejo pilar. Hombre extraño entre todos, que os afrentaría, que, sin conmoverse demasiado, vería vuestra hermosa frente, vuestros largos cabellos dorados como los cabellos de Eva, vuestra boca que ríe, vuestra mirada que sueña, y preferiría á todo eso—¿es sabio?, ¿es loco?—el perfil de un rey viejo grabado en un sueldo grande.

1842.

IX

Á UN HOMBRE SERIO

Sí, hay que reír, aunque uno fuera Homero; hay que reír, aunque fuera Catón. El bosque, nos ofrece